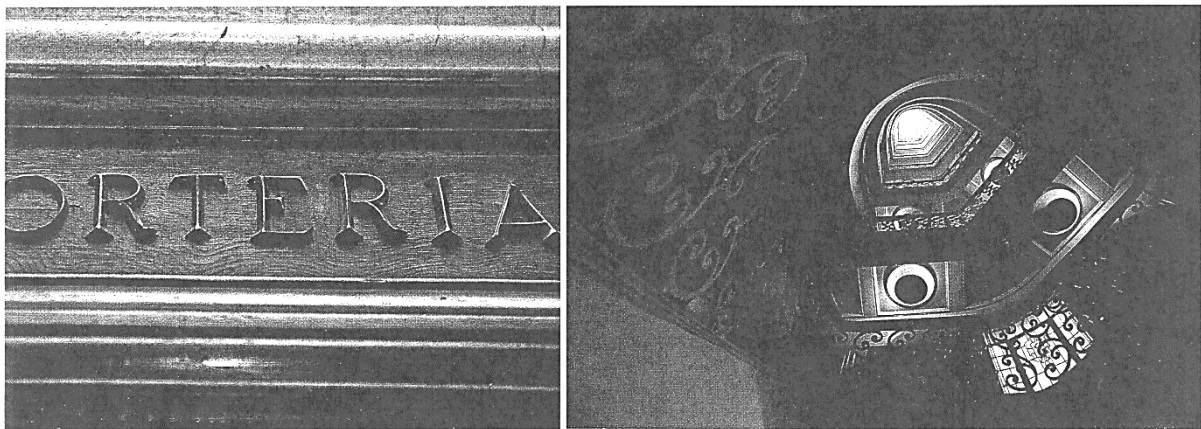


Conserjes y porteros

Texto: Antonio Pereira

Fotos: Rafael Rivas

El siguiente texto es fruto del esbozo de una transcripción telefónica realizada con mucho más cariño que medios en la tarde del tres de julio pasado cuando Antonio Pereira, recién levantado de la siesta y acodado sobre la mesa de su comedor, en un “estado ligeramente alucinatorio”, sorprendió con estas palabras que recuperan el sabor de las historias orales, de unos silencios, de una manera de contar... “Esto no lo ha sacado de mí ni mi padre que resucitara”. Conscientes de lo atípico de la colaboración agradecemos aún más a Antonio Pereira el texto y el atrevimiento.



La figura que yo quiero evocar es la figura del portero de antes. Que trabajaba en la portería de una casa, que muchas veces llegaba allí, es verdad que sin muchas pretensiones económicas y con una edad ya avanzada con el fin último de dar compañía y recibirla de una media docena de vecinos.

Mis dos amigos y gobernadores de esta publicación espléndida que yo veo siempre con tanto cariño me han pedido un texto sobre los porteros, que para mí necesariamente ha de ser también el de las porterías. Unas razones de urgencia veraniega, relacionadas íntimamente con los desdichados que hemos elegido este

oficio solitario, pero también solidario, que es el de la escritura, me llevan a esta singular colaboración.

Evoco con no poco interés y mucha ternura -compañera de la nostalgia- la figura de la portera que ya no tiene cabida en esos inmensos edificios que llaman de propiedad horizontal. Portereros que reciben el nombre de conserjes -por esa incomprensible tendencia a liberarnos de términos antiguos- y que legalmente, según creo, se llaman empleados de fincas urbanas. La figura que yo quiero evocar es la figura del portero de antes. Que trabajaba en la portería de una casa, que muchas veces llegaba allí, es verdad que sin muchas pretensiones económicas y con una edad ya avanzada con el fin último de dar compañía y recibirla de una media docena de vecinos. Pero el afán protector de las leyes económicas ha terminado con estas figuras en aras de una justicia social y de unos salarios de los que no estoy en contra. Lo cual no evita mis añoranzas sobre esa figura que daba compañía, sobre todo en estos tiempos en que tanta gente mayor se queda sola. Entonces esa gente sabía que si le pasaba algo, de día o de noche, y no podía llamar a sus familiares tenía en el portero a alguien de la familia y también, por qué no decirlo, los porteros tenían esa misma familia y ese mismo auxilio.

Hasta aquí se me ocurren unas relaciones, perdón, unas reflexiones sobre porteros cuando por razones sobre todo económicas y también sociales se han perdido, hemos, mejor dicho, -yo he perdido alguna compañía- muchas horas de conversación y un algo más. Después de aquello tan humano hemos ido al portero automático. A quién se le ocurre llamarle así a un timbre por el que se llama y te contesta otra voz al otro lado del cable. Creo que hay, no los he visto todavía a mis 80 años recién cumplidos, por medio de milagritos como son la televisión, unos timbres a través de los cuales te ven y ves cuando llamas a una puerta.

Éstas -los verdaderos porteros- son algunas de esas muchas cosas perdidas que tanto nos marcan a los nostálgicos, que también nos tenemos que cuidar de la nostalgia. Pues el mundo sigue y lo que bien está es la vida.